

Pedro Álvarez de Miranda
Más que palabras



Más que palabras

PEDRO ÁLVAREZ
DE MIRANDA

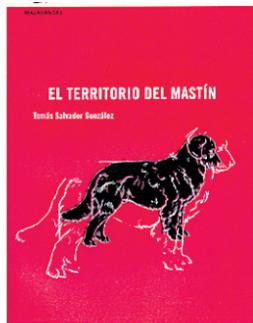
Galaxia Gutenberg, 2016
270 páginas, 22,5 euros

Álvarez de Miranda defiende que los poderes públicos se abstengan de legislar en materia lingüística

altamente glosada. Hay otros que siguen urgando en las heridas abiertas por los políticos: si “Lleida, Girona, A Coruña, Ourense” o los topónimos castellanos en su lugar, con una conclusión que aplaudo entusiasmado: “En materia lingüística, lo mejor que podrían hacer los poderes públicos es abstenerse de la tentación de legislar y

reglamentar”. Como sobre el manidísimo género no marcado -el “por defecto” de la informática-, el masculino en español: ¿Deberíamos decir “El perro es el mejor amigo del hombre” o inclinarnos por lo políticamente correcto y abrumar con “los perros y las perras son los mejores amigos y amigas de los hombres y las mujeres”? Y también: ¿“Colón descubre América en 1492” o “Colón descubrió América en 1492”? El autor bromea con que quizá surja alguna “Plataforma Ciudadana en Defensa de la Intolerable Discriminación del Plural” o una “Asociación Pro Visibilidad del Futuro, frente al Abusivo Presentismo Lingüístico”.

Se trata, pues, de medio centenar de acertadísimos comentarios sobre usos de la lengua. Nada de purismo, como denunciaba Feijoo en 1742: “Es trampa vulgarísima nombrar las cosas como lo ha menester el capricho, el error o la pasión. ¿Pureza? Antes se deberá llamar ‘pobreza’, desnudez, miseria, sequedad”. En efecto, “no hay idioma alguno que no necesite del subsidio de otros, porque ningún tiene voces para todo”. Sin embargo, hasta los puristas se han ganado un puesto, aunque su éxito “no está ni ha estado en su eficacia docente, casi nula, sino en un efecto colateral no previsto: la documentación de usos lingüísticos”. Y, citando a Rosenblat, por ello los llama Álvarez de Miranda “recolectores de palabras”, expresión que sí me gusta y que corro a inscribir en mi tarjeta de presentación.



El territorio del mastín

TOMÁS SALVADOR
GONZÁLEZ

Malasangre, Oviedo, 2016,
134 páginas, 14 euros

El lenguaje de la novela sabe hermanar el habla de la región de la infancia con la voz de Manrique o Faulkner

lugar apartado, al lado del río? La peste, el deseo de reunirse para disfrutar de ese mismo contacto: el ámbito amistoso en soledad, los contornos de una conversación intemporal; también la cercanía al origen, gentes, campos de Castilla, todo aquello que los ha hecho como son: la casa, las eras, ese cauce, ese río tan apacible como implacable. Región de los mastines, lo que no se olvida.

¿Y que ocurrió? Tal vez nada. La fraternidad y los abrazos, una agitada excursión con el coche, huellas de Francisco Pino, dos ahogados en el Tormes... El relato se afila y acelera en su último tramo -noche en Salamanca: alcohol y otras sustancias- donde todo conduce al accidente de Mundo, que se cae y se golpea contra un bordillo en

uno de los lugares más representativos de la ciudad: ante la estatua de Fray Luis. En esa estúpida caída -que no es precisamente la de Cartago- se condensa la historia y encajan no pocas piezas. Con todo, la sangre de Mundo -quizá únicamente sangre aparatosa de una ceja partida- no resuelve nada, solo señala límites, distintos territorios: el médico de guardia y nosotros; los ahogados en el Tormes y también en el Jarama; mansedumbre y furor; versos de Esteban y de amigos salmantinos; intertextualidad o cita; cien historias de ciegos, de portugueses, enfermedades, pozos, deseos, un decamerón en cuatro días. Marca de sangre: el tiempo que se aleja y llega, los ojos de la lechuza.

El encuentro de Sanmorales desemboca en esa caída -noche de parranda: universidad plateresca- que adquiere la categoría de rito (“ritual de paso”); un mal paso (mala sangre) que abre el futuro y anuncia la muerte. Salto y caída se constituyen así en figuras cargadas, recorren la novela: resbala un borracho desconocido, se tira Esteban de la bici y Mundo en paracaídas, los del sueño se lanzan en grupo desde el tejado, el coche vuela en un cambio de rasante, Bruno siente algo en el riñón con solo bajar de una acera...

Pero no, no hay caída del caballo, arrepentimiento, ni siquiera autocomplacencia melancólica; se trata de dar el paso necesario, el que viene pedido por el principio, por la propia trayectoria (Fray Luis en Cartago), el que lleva a avanzar en consecuencia: la lengua de la vida, la escritura del destino. Tomás Salvador manifiesta en esta novela la asunción consciente de ese lenguaje: el que sabe hermanar el habla aprendida en la región de la infancia con -son solo ejemplos- la voz de Jorge Manrique o Faulkner.

“Tírese, tírese”, anima la enfermera al convaleciente para que se levante de la cama... “Saltá” -dice Esteban, que gusta de imitar variedades porteñas y empuja a Bruno a... “Imaginó -piensa el propio Bruno en los peores momentos- el tránsito de la muerte como una prolongación sin salto de la vida”.

LA BRÚJULA

EUGENIO FUENTES

Vuelve la mejor agenda literaria que haya visto

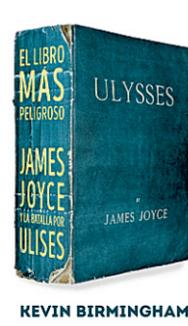
Hace un año, los lectores descubrieron una agenda literaria incomparable, **Anoche un libro me salvó la vida**. Su acogida fue tan excepcional que la edición se agotó mucho antes de la Nochevieja. De modo que, un año después, Errata Naturae ha vuelto a la carga con **Si mi biblioteca ardiera esta noche**, su agenda para 2017. El esquema es similar. Para los neófitos, cada semana se dedica a un libro. La primera, 26 de diciembre-1 de enero, corresponde a **Esperando a Godot**, lo que implica caricatura a cargo de **David Sánchez**, breve sinopsis, anécdota pirómana relacionada con **Beckett** y una sentencia del irlandés: “Nada es más divertido que la infelicidad, te lo aseguro. Es la cosa más cómica del mundo”. Y así 52 veces o, lo que es lo mismo, desde **Cormac McCarthy a Platón**, pasando por **Leopoldo María Panero, Jane Austen, Kavafis o Patti Smith**. De prólogo, una escalofriante relación de bibliotecas quemadas, de piras librescas, de autores ajusticiados en la hoguera o de libros relacionados con el fuego. Magna.



Si mi biblioteca ardiera esta noche

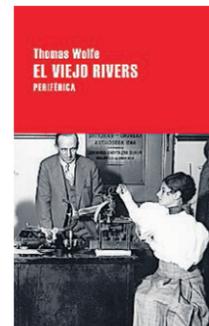
Agenda 2017

Errata Naturae
256 páginas
17 euros



El libro más peligroso

KEVIN BIRMINGHAM
Traducción Óscar Palmer
Es Pop
496 páginas, 26 euros



El viejo Rivers

THOMAS WOLFE
Traducción Juan Cárdenas
Periférica
80 páginas, 13 euros



Tonto de remate

RICHARD RUSSO
Traducción E. de Hériz
Navona
496 páginas, 25 euros

La increíble epopeya de escribir y publicar “Ulises”

Condenada y prohibida por obscena -no una sino tres veces, no un año sino más de una década, no sólo en el Reino Unido sino también en EE UU-, la obra que ha acabado encaramada a la cima del canon anglosajón tuvo un parto más que difícil en el que jugó un papel crucial el tesón de la norteamericana **Sylvia Beach**, atrincherada en Shakespeare and Company, su pequeña librería parisina. El profesor de Harvard **Kevin Birmingham** ha tenido el coraje de dedicar años de su vida a investigar el nacimiento y desarrollo de **Ulises**, desde las primeras notas de las que se guarda noticia hasta el gran juicio por obscenidad perpetrado en 1933. El resultado, que ha acaparado premios, es **El libro más peligroso**, 500 monumentales páginas de erudición plasmada en un relato ágil e hipnótico, donde, además de reconstruir la compleja génesis y recepción de la novela, arroja nueva luz sobre múltiples aspectos de la vida de **Joyce**.

Quien más quien menos ha oído hablar de la odisea que rodeó la publicación del **Ulises** joyciano en 1922.

Un Wolfe satírico desnuda la impostura de un editor

De entrada hay que proclamar que el despiadado retrato de editor que es **El viejo Rivers** resulta muy divertido. Tiene toda la calidad que alimenta la obra del gran **Thomas Wolfe** (1900-1938) pero, en sus páginas, el hálito poético que suele desprender la prosa del autor de **El ángel que nos mira** queda en sordina y da paso a una espléndida sátira cuya eficacia está en la precisa concisión del trazo. **El viejo Rivers** es la factura que Wolfe le pasa a Robert Bridges, editor del **Scribner's Magazine** neoyorquino y, como tal, guardián del buen gusto y el respeto a las convenciones, además de castigador inclemente de nuevos narradores. Ambientada en el comienzo de los años treinta -al lector le llegan ecos de la Gran Depresión-, **El viejo Rivers** relata una mañana en la vida de un hombre que, entrado ya en los setenta, ha sido aparcado de la toma de decisiones pero se empeña en fingir ignorarlo. Las páginas en las que se describe el despertar de Rivers y sus operaciones de lavado y vestido son, sencillamente, gloriosas.

De no tener ni un pelo a volverse tonto del todo

Es probable que sean más quienes conozcan **Ni un pelo de tonto** (1993) por la película que en 1994 le valió a **Paul Newman** una nominación al Oscar que por la novela que la originó. Para los olvidadizos, la narración, de carácter coral, está situada en un pueblo en decadencia del estado de Nueva York donde transcurren los días de Sully, un individuo que, en el fondo, toma por irreductible independencia su incapacidad para lidiar la vida con algunas dosis de energía. El autor de este divertido y penetrante fresco social, en el que los diálogos se llevan la palma, fue **Richard Russo** (1949), quien algunos años después se alzaría con un Pulitzer por **Empire falls**. Ahora, tras casi un cuarto de siglo, Russo ha vuelto a instalarse en North Bath para, en **Tonto de remate**, reencontrarse con sus personajes. Lo único es que Sully, millonario por accidente, ha sido castigado con un diagnóstico médico que le da muy poquita vida. Quinientas páginas de buena novela estadounidense que se une en las librerías a una nueva edición de la primera parte, también a cargo de Navona.